Introducción: Un Grito que Resuena en el Tiempo
Imagina la escena: Un cenáculo cerrado, atmósfera cargada de miedo y confusión. Diez discípulos escondidos, corazones aún palpitando por el horror de la Cruz y el asombro del sepulcro vacío. De repente, Jesús resucitado está allí, en medio de ellos. Paz. Alegría indescriptible. Pero falta uno: Tomás, el gemelo, el práctico, el que necesita ver para creer. Una semana después, la historia se repite. Jesús aparece de nuevo, y esta vez, dirige su mirada directamente a Tomás. No le reprocha, le ofrece sus llagas: «*Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente*» (Juan 20:27). Y entonces, estalla la verdad más profunda, la confesión más pura, el núcleo mismo de la fe cristiana, brotando del corazón de un hombre antes incrédulo: **«¡Señor mío y Dios mío!» (Juan 20:28).** Este grito no es solo de Tomás; es el eco de cada creyente que ha reconocido, con asombro y adoración, la verdadera identidad de Jesús de Nazaret.

I. La Escena: Duda, Encuentro y Revelación
Para entender el peso de estas palabras, debemos situarnos. Tomás no había estado presente en la primera aparición a los diez. Su escepticismo («*Si no veo en sus manos la señal de los clavos y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré*» – Jn 20:25) no era mera obstinación. Era el reflejo del dolor de la pérdida y la imposibilidad humana de asimilar la Resurrección. Jesús, en su infinita misericordia y pedagogía divina, no lo rechaza por su duda, sino que se adapta *a su necesidad*. Se presenta tangible, ofreciendo las pruebas físicas de su Pasión glorificada. No es un fantasma; es el mismo que fue clavado en la Cruz, ahora vivo, transformado.

II. «Señor Mío y Dios Mío»: Análisis Teológico de una Bomba
La confesión de Tomás es breve pero teológicamente densa, una joya de la revelación:

1. **«Kyrios» (Señor Mío):** En el contexto judío y grecorromano, «Kyrios» era un título de soberanía absoluta. Se usaba para Dios mismo (traduciendo el hebreo «Adonai», sustitución reverencial de Yahvé). Aplicarlo a Jesús es reconocerlo como el Dueño, el Amo, el Soberano de su vida. Es la profesión de fe en su Señorío Resucitado, cumpliendo la profecía de que «*todo rodilla se doblará… y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor*» (Filipenses 2:10-11).
2. **«Theos» (Dios Mío):** Aquí está el núcleo explosivo. Tomás no dice «un dios» o «divino». Usa el término inequívoco **«Theos» (Θεός)**, el mismo que designa al Dios Único de Israel en el Antiguo Testamento (LXX) y en el Prólogo del mismo Evangelio de Juan: «*En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios*» (Juan 1:1). Al dirigirse a Jesús y llamarle «**Theos**«, Tomás está declarando, bajo la inspiración del Espíritu Santo, **la divinidad plena de Jesucristo**. No es un profeta exaltado, ni un ángel poderoso; es Dios mismo, hecho hombre, ahora resucitado y

presente.

3. **El Posesivo «Mío»:** No es una declaración abstracta. Es personal, íntima, de entrega total: «*Señor **mío** y Dios **mío**!*«. Es la respuesta del corazón que se rinde ante la evidencia del Amor encarnado y triunfante sobre la muerte. Es posesión y pertenencia mutua.

III. Jesús es Dios: La Piedra Angular de la Fe

- **Contra el Arrianismo y Herejías Posteriores:** Este versículo fue un arma crucial contra herejías como el arrianismo (que negaba la divinidad plena de Cristo). Los Padres de la Iglesia (San Atanasio, San Gregorio Nacianceno, San Agustín) lo citaban constantemente: ¿Cómo podría Tomás, un judío monoteísta, llamar «Dios» a un mero hombre sin cometer blasfemia? Solo la realidad de la Encarnación lo explica.
- **Cumplimiento de la Revelación:** Juan estructura su Evangelio para revelar progresivamente la identidad de Jesús. Desde «el Cordero de Dios» (Jn 1:29) hasta «Yo Soy» (varias veces, evocando el nombre divino de Éxodo 3:14), culmina en esta confesión explícita de Tomás. Es el clímax de la autorrevelación de Jesús.
- **La Trinidad en Acción:** Al llamar a Jesús «Dios», Tomás confiesa la segunda Persona de la Santísima Trinidad. El Padre resucita al Hijo por el poder del Espíritu (Rom 8:11), y el Hijo resucitado se revela como Dios. Es un momento trinitario profundo.
- **El Catecismo lo Confirma:** «La Iglesia llama *Confesión de fe de Tomás* '¡Señor mío y Dios mío!' al anuncio pascual de la fe. Es la primera confesión explícita de la divinidad de Cristo después de la Resurrección» (Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, n. 129).

IV. ¿Por qué es Relevante HOY? Superando el «Dios a mi Medida»

En una cultura marcada por el relativismo, el subjetivismo espiritual («*creo en algo, pero a mi manera*«) y la tentación de reducir a Jesús a un «maestro ético» o un «líder inspirador», Juan 20:28 es un recordatorio poderoso y necesario:

1. **Contra el Reduccionismo:** Nos impide diluir a Jesús. No es solo un buen hombre; es **Dios con nosotros** (Emmanuel). Su enseñanza tiene peso absoluto porque es Palabra de Dios. Su sacrificio tiene valor infinito porque es Dios quien se ofrece.
2. **Fundamento de la Adoración:** Solo a Dios se adora. Si Jesús no es Dios, la adoración eucarística, el rezo del Rosario, las procesiones, serían idolatría. La confesión de Tomás justifica y exige nuestra adoración a Cristo.
3. **Esperanza Ante el Mal y la Muerte:** Si Jesús es solo un hombre, su victoria sobre la muerte es limitada. Si es Dios, su Resurrección es la garantía absoluta de *nuestra* resurrección y la derrota definitiva del pecado y la muerte. ¡Nuestra

esperanza tiene cimientos divinos!

4. **Respuesta al Escepticismo Moderno:** Como Tomás, muchos hoy piden «pruebas». Jesús no rechaza la búsqueda honesta. Pero la fe auténtica, cuando encuentra la evidencia suficiente (en la Escritura, la Tradición, la Iglesia, la experiencia de los santos, la Eucaristía), debe culminar en la misma confesión: «¡Señor mío y Dios mío!».

V. Guía Prática: Vivir el «¡Señor Mío y Dios Mío!» en el Siglo XXI

¿Cómo traducir esta profunda verdad teológica a nuestra vida concreta? Aquí una guía teológico-pastoral:

1. **Profundiza en el Asombro (Meditación):**
   - **Lee y Relee Juan 20:** Medita lentamente en la escena. Imagínate allí. Siente la duda de Tomás, el impacto de ver a Jesús, la emoción de su confesión.
   - **Contempla las Llagas:** Las llagas de Cristo son signo de su amor hasta el extremo y de su victoria. En tu oración, «toca» espiritualmente esas llagas en los sacramentos, especialmente la Eucaristía (su Cuerpo entregado) y la Confesión (su Misericordia sanadora).
   - **Repite la Confesión:** Haz tuya la frase de Tomás. Úsala como jaculatoria durante el día: «¡Señor mío y Dios mío! Creo, ayuda mi poca fe».
2. **Fortalece tu Fe (Formación):**
   - **Estudia los Fundamentos:** Conoce las razones por las que la Iglesia cree en la divinidad de Cristo (Catecismo, Concilios como Nicea y Calcedonia). Libros como «Jesús de Nazaret» de Benedicto XVI son excelentes.
   - **Enfrenta tus Dudas:** No temas preguntar. Busca respuestas en fuentes católicas sólidas (sacerdotes, teólogos de confianza, buenos libros, sitios web avalados). La fe razonada es más fuerte.
   - **Vive la Liturgia:** Participa conscientemente en la Misa. Cada Eucaristía es un nuevo Cenáculo donde Cristo se hace presente y se nos ofrece. Al recibir la Sagrada Comunión, repite en tu corazón: «¡Señor mío y Dios mío!».
3. **Actúa tu Fe (Acción y Testimonio):**
   - **Reconócelo como «Señor» (Kyrios):** Examina tu vida: ¿Qué áreas no has sometido aún a su señorío? (Trabajo, relaciones, dinero, placeres, tiempo). Haz un acto concreto de entrega diario: «Jesús, sé el Señor de [menciona un área específica] hoy».
   - **Adóralo como «Dios» (Theos):** Dedica tiempo a la adoración eucarística. Simplifica tu oración: estar en silencio ante su Presencia real es adoración pura. Que tu vida entera sea un acto de adoración (Rom 12:1).
   - **Proclama con Valentía:** No ocultes tu fe. En un mundo que relativiza a Cristo, sé

testigo de su divinidad con tu vida (caridad, integridad, esperanza) y, cuando sea oportuno, con tus palabras. Comparte el impacto que tiene creer que Jesús es Dios en *tu* vida.
- **Confía como Hijo:** Si Él es Dios, entonces sus promesas son ciertas, su poder es infinito, su misericordia no tiene límites. Lleva tus cargas, temores y sueños a Él con confianza filial. «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23:46) es la confianza suprema del Hijo-Dios, modelo de la nuestra.

Conclusión: Más Bienaventurados los que Creen sin Ver
Jesús responde a Tomás, y a nosotros: «*¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que no vieron y creyeron*» (Jn 20:29). Nosotros somos esos bienaventurados. No hemos metido nuestras manos en sus llagas físicas, pero tenemos el testimonio de los apóstoles, la presencia real en la Eucaristía, la acción del Espíritu Santo y la experiencia de su gracia en nuestras vidas.

Juan 20:28 no es un versículo del pasado; es un llamado eterno al presente. Un llamado a salir de nuestro «cenáculo» de dudas, comodidades o miedos. Un llamado a fijar nuestra mirada en Cristo Resucitado, a reconocer, con la misma claridad y fervor que Tomás, su verdadera identidad. A arrodillarnos, no solo físicamente, sino con todo nuestro ser, y proclamar con una fe renovada, vibrante y transformadora:

«¡SEÑOR MÍO Y DIOS MÍO!»

Que esta confesión sea el fundamento de nuestra vida, la luz en nuestras tinieblas, la fuerza en nuestras debilidades y la esperanza inquebrantable en nuestro caminar hacia la Patria celestial. Amén.